

daron como el papel. "Pues hasta que no me las pa-
guéis no saeo la espina." ¡Ja, ja!

Aún contó más. Pero yo no le oía. Algo me subía
por la garganta, y le pedí permiso al abuelo para re-
tirarme.

En la cocina estaban comentando lo del médico.

—¡Ay, pobrecillos! —decía Emiliana—. Con esta
noche de nieve, salieron los chavales de casa en casa,
a por las pesetas...

Lo contaron los hermanos de Teodosia, la cocinera,
que acababa de llegar para la cena, aún con nieve en
los hombros.

—El mala entraña, así lo ha tenido al pobre "Gal-
go", con la boca abierta como un capazo, qué sé yo el
tiempo...

—¿Y las han reunido? —preguntó Lucas, el apar-
tero mayor.

El hermano pequeño de Teodosia asintió:

—Unos y otros... han ido recogiendo...

Salí con una sensación amarga y nueva. Aún se oía
la voz de don Amador, contando su historia.

Era muy tarde cuando el médico se fue. Se había
emborrachado a conciencia y al cruzar el puente, sobre
el río crecido, se tambaleó y cayó al agua. Nadie se
enteró ni oyó sus gritos. Amaneció ahogado, más allá
de Valle Tinto, como un tronco derribado, preso entre
unas rocas, bajo las aguas negruzcas y viscosas del
Agaró.

Ana María Matute

LOS CHICOS

ERAN sólo cinco o seis, pero así, en grupo, viniendo
carretera adelante, se nos antojaban quince o vein-
te. Llegaban casi siempre a las horas achicharradas de
la siesta, cuando el sol caía de plano contra el polvo y
la grava desportillada de la carretera vieja, por donde
ya no circulaban camiones ni carros, ni vehículo al-
guno. Llegaban entre una nube de polvo, que levanta-
ban sus pies, como las pezuñas de los caballos. Los veía-
mos llegar, y el corazón nos latía de prisa. Alguien,
en voz baja, decía: "¡Que vienen los chicos...!" Por
lo general, nos escondíamos para tirarles piedras, o
huíamos.

Porque nosotros temíamos a los chicos como al dia-
blo. En realidad, eran una de las mil formas del diablo,
a nuestro entender. Los chicos harapientos, malvados,
con los ojos oscuros y brillantes como cabezas de al-
filer negro. Los chicos descalzados y callosos, que tiraban
piedras de largo alcance, con gran puntería, de golpe
más seco y duro que las nuestras. Los que hablaban
un idioma entrecortado, desconocido, de palabras como
pequeños latigazos, de risas como salpicaduras de barro.
En casa nos tenían prohibido terminantemente entablar

relación alguna con esos chicos. En realidad, nos tenían prohibido salir del prado, bajo ningún pretexto. (Aunque nada había tan tentador, a nuestros ojos, como saltar el muro de piedras y bajar al río, que, al otro lado, huía verde y oro, entre los juncos y los chopos.) Más allá, pasaba la carretera vieja, por donde llegaban casi siempre aquellos chicos distintos, prohibidos.

Los chicos vivían en los alrededores del Destacamento Penal. Eran los hijos de los presos del Campo, que redimían sus penas en la obra del pantano. Entre sus madres y ellos habían construido una extraña aldea de chabolas y cuevas, adosadas a las rocas, porque no se podían pagar el alojamiento en la aldea, donde, por otra parte, tampoco eran deseados: "Gentuza, ladrones, asesinos...", decían las gentes del lugar. Nadie les hubiera alquilado una habitación. Y tenían que estar allí. Aquellas mujeres y aquellos niños seguían a sus presos, porque de esta manera vivían del jornal, que, por su trabajo, ganaban los penados.

Para nosotros, los chicos eran el terror. Nos insultaban, nos apedreaban, deshacían nuestros huertecillos de piedra y nuestros juguetes, si los pillaban sus manos. Nosotros los teníamos por seres de otra raza, mitad nosotros, mitad diablos. Sólo de verles nos venía un temblor grande, aunque quisiéramos disimularlo.

El hijo mayor del administrador era un muchacho de unos trece años, alto y robusto, que estudiaba el bachillerato en la ciudad. Aquel verano vino a casa de vacaciones, y desde el primer día capitaneó nuestros juegos. Se llamaba Efrén y tenía unos puños rojizos, pedregados como mazas, que imponían un gran respeto. Como era mucho mayor que nosotros, audaz y fanfarrón, le seguíamos a donde él quisiera.

El primer día que aparecieron los chicos de las chabolas, en tropel, con su nube de polvo, Efrén se sorprendió de que echáramos a correr y saltáramos el muro en busca de refugio.

—Sois cobardes — nos dijo —. ¡Ésos son pequeños! No hubo forma de vencerle de que eran otra cosa: de que eran algo así como el espíritu del mal.

—Bobadas — dijo. Y sonrió de una manera torcida y particular, que nos llenó de admiración.

Al día siguiente, cuando la hora de la siesta, Efrén se escondió entre los juncos del río. Nosotros esperábamos, ocultos detrás del muro, con el corazón en la garganta. Algo había en el aire que nos llenaba de pavor. (Recuerdo que yo mordía la cadenilla de la medalla y que sentía en el paladar un gusto de metal raramente frío. Y se oía el canto crujiente de las cigarras entre la hierba del prado.) Echados en el suelo, el corazón nos golpeaba contra la tierra.

Al llegar, los chicos escudriñaron hacia el río, por ver si estábamos buscando ranas, como solíamos. Y para provocarnos empezaron a silbar y a reír de aquella forma de siempre, opaca y humillante. Ese era su juego: llamarnos, sabiendo que no apareceríamos. Nosotros seguimos ocultos y en silencio. Al fin, los chicos abandonaron su idea y volvieron al camino, trepando terraplén arriba. Nosotros estábamos anhelantes y sorprendidos, pues no sabíamos lo que Efrén quería hacer.

Mi hermano mayor se incorporó a mirar por entre las piedras y nosotros le imitamos. Vimos entonces a Efrén deslizarse entre los juncos como una gran culabra. Con sigilo trepó hacia el terraplén, por donde subía el último de los chicos, y se le echó encima.

Con la sorpresa, el chico se dejó atrapar. Los otros

ya habían llegado a la carretera y cogieron piedras, gritando. Yo sentí un gran temblor en las rodillas, y mordí con fuerza la medalla. Pero Efrén no se dejó intimidar. Era mucho mayor y más fuerte que aquel diablillo negruzco que retenía entre sus brazos, y echó a correr arrastrando a su prisionero hacia el refugio del prado, donde le aguardábamos. Las piedras caían a su alrededor y en el río, salpicando de agua aquella hora abrasada. Pero Efrén saltó ágilmente sobre las posaderas, y arrastrando al chico, que se revolvió furiosamente, abrió la empalizada y entró con él en el prado. Al verlo perdido, los chicos de la carretera dieron media vuelta y echaron a correr, como gazapos, hacia sus cha-bolas.

Sólo de pensar que Efrén traía a una de aquellas furias, estoy segura de que mis hermanos sintieron el mismo pavor que yo. Nos arrimamos al muro, con la espalda pegada a él, y un gran frío nos subía por la garganta.

Efrén arrastró al chico unos metros, delante de nosotros. El chico se revolvió desesperado e intentaba morderle las piernas, pero Efrén levantó su puño enorme y rojizo, y empezó a golpearle la cara, la cabeza y la espalda. Una y otra vez, el puño de Efrén caía, con un ruido opaco. El sol brillaba de un modo espeso y grande, sobre la hierba y la tierra. Había un gran silencio. Sólo oíamos el jadeo del chico, los golpes de Efrén y el fragor del río, dulce y fresco, indiferente, a nuestras espaldas. El canto de las cigarras parecía haberse detenido. Como todas las voces.

Efrén estuvo mucho rato golpeando al chico con su gran puño. El chico, poco a poco, fue cediendo. Al fin, cayó al suelo de rodillas, con las manos apoyadas

en la hierba. Tenía la carne oscura, del color del barro seco, y el pelo muy largo, de un rubio mezclado de vetas negras, como quemado por el sol. No decía nada y se quedó así, de rodillas. Luego, cayó contra la hierba, pero levantando la cabeza, para no desfallecer del todo. Mi hermano mayor se acercó despacio, y luego nosotros.

Parecía mentira lo pequeño y lo delgado que era. "Por la carretera parecían mucho más altos", pensé. Efrén estaba de pie a su lado, con sus grandes y macizas piernas separadas, los pies calzados con gruesas botas de ante. ¡Qué enorme y brutal parecía Efrén en aquel momento!

—¿No tienes aún bastante? — dijo en voz muy baja, sonriendo. Sus dientes, con los colmillos salientes, brillaron al sol—. Toma, toma...

Le dio con la bota en la espalda. Mi hermano mayor retrocedió un paso y me pisó. Pero yo no podía moverme: estaba como clavada en el suelo. El chico se llevó la mano a la nariz. Sangraba, no se sabía si de la boca o de dónde.

Efrén nos miró.

—Vamos — dijo —. Ese ya tiene lo suyo.

Y le dio con el pie otra vez.

—¡Lárgate, puerco! ¡Lárgate en seguida!

Efrén se volvió, grande y pesado, despacioso, hacia la casa. Muy seguro de que le seguíamos.

Mis hermanos, como de mala gana, como asustados, le obedecieron. Sólo yo no podía moverme, no podía, del lado del chico. De pronto, algo raro ocurrió dentro de mí. El chico estaba allí, tratando de incorporarse, tosiendo. No lloraba. Tenía los ojos muy achicados, y su nariz, ancha y aplastada, vibraba extrañamente. Es-

taba manchado de sangre. Por la barbilla le caía la sangre, que empapaba sus andrajos y la hierba. Súbitamente me miró. Y vi sus ojos de pupilas redondas, que no eran negras sino de un pálido color de topacio, transparentes, donde el sol se metía y se volvía de oro. Bajé los míos, llena de una vergüenza dolorida.

El chico se puso en pie, despacio. Se debió herir en una pierna, cuando Efrén lo arrastró, porque iba cojeando hacia la empalizada. No me atreví a mirar su espalda, renegrida y desnuda entre los desgarrones. Sentí ganas de llorar, no sabía exactamente por qué. Únicamente supe decirme: "Si sólo era un niño. Si era nada más que un niño, como otro cualquiera".

CAMINOS

EN el pueblo los llamaban los Francisquitos, por alguna extraña razón que ya nadie recordaba, pues él se llamaba Damián y ella Timotea. Se les tenía aprecio y algo de lástima, porque eran buenos, pobres y estaban solos. No tenían hijos, por más que ella subió tres veces a la fuente milagrosa, a beber el agua de la maternidad, e hizo cuatro novenas a la santa con el mismo deseo. Labraban una pequeña tierra, detrás del cementerio viejo, que les daba para vivir, y tenían como única fortuna un hermoso caballo rojo, al que llamaban "Crisantemo". Muchas veces, los Francisquitos sonreían mirando a "Crisantemo", y se decían:

—Fue una buena compra, Damián.

—Buena de veras — decía él —. Valió la pena el sacrificio. Sabes, mujer, aunque la tierra no dé más que pa mal vivir, el "Crisantemo" es siempre un tiro cargado. Entiendes lo que quiero decir, ¿no?

—Sé — respondía ella —. Sé muy bien, Damián. Es un empleo que le dimos a los ahorros.

"Crisantemo" era el fruto de una buena cosecha de centeno. Nunca pudieron ahorrarr, hasta entonces. Cierro que apretaron el cinturón y se privaron del vino (y